



vanguardias

CRUZAN EL umbral de la fábrica Consonni, en plena ribera de Zorrozaurre, supone adentrarse en un mundo interactivo, irreal, mágico. Las escaleras que conducen al primer piso amarecen salpicadas de paquetes sorpresa que, a modo de pistas, atraen a los extraños hasta un auténtico hervidero de arte e improvisación. Desde el lunes hasta hoy, una veintena de estudiantes y artistas de Burdeos, Lausana y Bilbao protagonizan el espectáculo *Ni carne ni pescado*. «Se pretende experimentar distintas situaciones a partir de la 'performance', lo que permite a cada autor plantear sus preocupaciones y hacer partícipes de ellas al público y a los otros creadores», señala Frank Larcade, del centro de prácticas artísticas contemporáneas. La experiencia se clausurará mañana con una fiesta en *Mina Espazio*.

«¿Una foto?». ¿Por qué no? Una chica suiza quiere retratarse con cada uno de los visitantes. «Lo que busco es acabar con el choque de culturas: por eso me acerco tanto», explica. Una vez que uno de sus compañeros plasma la estampa, Valérianne la pega en una columna, pasa de todo y comienza a grabar en vídeo a su amiga Eloise, que lleva media hora leyendo en voz alta los sucesos de un periódico local. «Como ves, no tiene ni idea de castellano. Pero suena bien».

Chinos karatekas

A su lado, Mathiew Zoris descansa en un sofá. «Lo que yo hago es ponerme una peluca mientras me desplazo al hotel. Cuando estoy por aquí, me escondo tras una máscara de mono». Ya. ¿Y las manchas que tienes por el cuerpo? «Es una enfermedad. Me he convertido en un negro albino». Si tú lo dices... Pero los experimentos del chaval no acaban ahí. Ha pedido a uno de sus compañeros que se deje barba y ha estado a punto de poner un anuncio en la prensa solicitando «una abuela para que dé vueltas por la fábrica. ¿Conoces tú a alguna vieja que se enrolle?».

Jean-Luc Desmond prefiere otro

Están locos



estos artistas

No es un manicomio. Una antigua factoría de Zorrozaurre se ha transformado en el templo de la 'performance' más rompedora

tipo de sensaciones. Por eso ha cubierto de cemento el suelo de una salita. «Me meteré, cuando todavía esté fresco, con las playeras cambiadas de pie y luego me las ingeniaré para hacer una ventana

y huir». Ajá, interesantísimo, pero no tanto como la frase que ha pintado en la pared: «Todos los chinos hacen karate». Su idea es instalar una plancha de madera sobre dos ladrillos e intentar cargársela de un

cabezazo. «Quiero grabar todos los movimientos desde arriba», anuncia.

La imaginación no tiene límite. Pasearse por la antigua factoría es como recorrer un mundo onírico,

¿Y tú, qué pintas aquí?

◀ Simon Girault 21 años, Francia

Tiene cara de niño travieso. O de científico loco, según se mire. Este estudiante de Bellas Artes ha abandonado durante unos días su Escuela de Burdeos para demostrar que es capaz de reírse de todo, hasta de sí mismo. Le gusta experimentar e incluso sentirse ridículo. Por eso no le cuesta nada secuestrar una rata de laboratorio y encajonarla en una esquina de la factoría después de haberse cubierto la cara con un pasamontañas. «Es un acto silencioso y sin reivindicaciones». Ah.

Está claro que el mundo animal no le es ajeno. De hecho, de vez en cuando, arrastra por el suelo un objeto mojado en pintura verde y asegura convencido que se trata de un cocodrilo. Eso cuando no le da por poner trampas y cepos que activa a través de un finísimo hilo blanco. «El tema de la agresión al otro me interesa muchísimo. Por eso pido al público que se haga el muerto junto al árbol de Navidad». La escena es rocambolesca. Junto al abeto y los espumillones, un muñeco de nieve observa implacable como la gente va cayendo como moscas al ritmo de los villancicos. ¿Tus amigos entienden tu arte? «Claro. Mis amigos, mi familia...» —dice, mientras se coloca una nariz de Pinocho—. Son todos muy comprensivos.

Hsla-Fel Chang ▶
24 años, Taiwán

Vive en Francia desde hace cuatro años y, aunque su verdadera vocación es la de escritora, considera que «nunca viene mal» experimentar facetas culturales como la performance. El que se acerque a *Ni carne ni pescado* se la encontrará dando vueltas como una loca encima de un pequeño triciclo. «Estoy intentando acabar con un tabú por el cual las mujeres deben tener las piernas juntas cuando están sentadas». Ella, sin embargo, dice que se encuentra a gusto cuando pasea con faldas y sin complejos en su vehículo de tres ruedas. O cuando empolla sus huevos. Sí, sus huevos. «Después de estar sobre ellos un buen rato, los tiro contra la pared y lloro durante una hora porque eso supone que he acabado con posibles vidas».

Lo suyo, desde luego, es estar sentada. Por eso también prueba a ocupar una silla elevada sobre un podio y —por supuesto, con las piernas abiertas de par en par— toca un violonchelo imaginario. «Incluso algunos días me animo a cantar, aunque, por supuesto, sin emitir sonidos». Claro, claro. ¡Estaría bueno!

Juan Alzpirtarte ▶
23 años, San Sebastián

Estudiaba Bellas Artes en Leioa y, en cuarto, se fue de Erasmus a Burdeos. Allí encontró lo que necesitaba: talleres de todas clases y un carácter interdisciplinar. «Para mí, estudiar la violencia es fundamental. Sólo observándola e investigándola es como realmente se acaba conociendo lo que significa». Por eso, una de sus acciones en Consonni ha consistido en escribir en la pared «Asesino el que lo lea». Aunque eso no es nada con lo que tiene pensado para rematar la faena: «Pienso atacar el Guggenheim desde el puente de La Salve con aviones de papel». Pues vas a necesitar muchos. «Por eso voy a pedir ayuda al público». Para Juan, no sirve de nada que monten un museo como el Guggy si la mayor parte de la gente que lo visita se va sin entender nada.

«También tengo pensado pagarle la entrada a un mendigo que vea por la calle y ponerme en su lugar hasta que regrese». Oye, sinceramente: ¿no te da miedo que la gente piense que estás un poco loco? «¿Por qué? Si a todo el mundo le da por hacer cosas 'extrañas' cuando está solo, en la ducha... El problema es que no tienen tiempo libre para venir a sitios como éste y conocer mejor su cuerpo y sus reacciones». Y tú lo tienes, claro. «Y más que voy a tener. ¡Fíjate que el año que viene quiero darme la vuelta al mundo!».



FOTOS: CÉSAR ALONSO



plagado de sueños tangibles donde la fantasía tiene nombres y apellidos. Y, en la mayor parte de los casos, acento francés. «Re, re, re...» —masculla, concentrado, Sébastien Collet—. Voy a hacer una coral con la ayuda del público. Por eso he grabado todas las fábulas de La Fontaine en CDs y ahora estoy transcribiendo las letras, para que todos me acompañen y las reciten conmigo». Pero no todo el mundo sabrá hablar francés... «No van a necesitarlo, ya que sólo empleo dos letras, re, y las repito hasta la saciedad», dice el poeta, mientras prepara entusiasmado las fotocopias que repartirá a los miembros de su coral. «¿Ves? Ésta es la de 'El cuervo y el zorro': re, re, re, re, re...». Ya la recuerdo. Menuda moraleja, ¿eh, tío? «Re».

Durante tres días, antes de abrir al público este gimnasio de actividades heterodoxas, los participantes han intentado conocerse mejor e intercambiar sus creaciones. De hecho, siguen haciéndolo: «Esta acción no es mía, pero hay que colaborar», dice un chaval mientras manipula un gato hidráulico que tiene como objeto separar los cuerpos de un hombre y una mujer. Unos metros más allá, un chico elabora un cartel sobre el «totemismo de dos duros» y se

enfunda una máscara de lechuza. «También suelo hacer de koala. Me incrusto un huevo 'kinder' en la nariz y lo fundo con un secador de pelo». Sin embargo, su instalación más contundente se llama Pandora: «Consiste en almacenar cartones de ésos en los que se venden los huevos».

Escribir un kilómetro

Otros prefieren el papel. Si es higiénico, mejor. «Estoy comprobando si los bolis que anuncian en la tele duran tanto como dicen». Para descubrirlo, Mathilde se tira horas y horas escribiendo sobre rollos de papel que luego engancha por el techo. «Voy a intentar llegar a los mil metros». A todo esto, son las siete y media de la tarde y el público brilla por su ausencia, aunque los organizadores aseguran que es alrededor de las cinco cuando más movida hay en la factoría Consonni.

Faltan unos minutos para que los artistas se reúnan en asamblea y reflexionen sobre la jornada. Hasta que llegue el momento, cada uno aprovecha para experimentar nuevas situaciones en su espacio. Aina —una de las vascas del grupo— se entretiene creando un muro que le

aise del mundanal ruido. «Cuando coloque la última pieza, me dibujaré la señal de SOS en la cabeza». Pero antes prefiere salir de su agujero para jugar con su amigo Jon y un enorme muelle de plástico. «Es como un cable de teléfono a lo bestia», aclara. Cada uno agarra de un extremo y estira. Ambos rebotan, se chocan, se parten de risa... Parece divertido. «¿Quieres probar? También sirve para hablar por él y comunicarse a distancia». A su lado, una pareja quema adrenalina repartiendo mamorros a diestro y siniestro en un improvisado combate de boxeo. «Todos pasamos por aquí para relajarnos. Cogemos los guantes y el casco y a brincar un poco».

Cuando dan las ocho, los artistas se citan en la improvisada cafetería. La fábrica se sumerge entonces en el silencio. Tan sólo se oyen unos pasos subiendo por la escalera. «Hola... Perdonad, ¿qué pasa aquí?», preguntan dos yuppies despidados con cara de pulpo en garaje. ¿Veníais buscando una exposición? «No. Pasábamos por aquí, creíamos que era una oficina y hemos entrado». ¡Huyyyy, qué raro suena esto! ¿A que también formáis parte del grupo y os estáis quedando conmigo?